

BIBLIOTECAS DE CASA

Una biblioteca casera, una librería como decían nuestros abuelos, empieza cualquier día y se desarrolla y crece sin que uno se dé cuenta ni lo pueda evitar, a poco amor que tenga por los libros. En casa de mis padres no había muchos libros pero sí buenos libros sobre todo religiosos y de estudio de mis hermanos mayores. Yo disfruté mucho en mi niñez con algunos. En cuanto pude apartar mis primeros ahorrillos tuve mi balda para mí solo. Pero fue sobre todo a los 13 años cuando mi “biblioteca” empezó. Llegaron entonces el cuarto y el quinto año de Bachillerato con los estudios fascinadores de Literatura y desde entonces el libro se multiplicó en mí y empiezo a necesitar no sólo los libros míos, los de texto y los otros, los de aventuras, novela, clásicos, poesías y toros, sino los disfrutados en visita, los de las bibliotecas y aun los deseados en el escaparate de las librerías.

Al entrar en la juventud por el pórtico de la adolescencia empieza a fraguarse mi futura biblioteca con parsimonia prudentísima, ritmada por la escasez mínima del presupuesto de estudiante. Nos vamos aproximando ya al día trascendental de mi vida, en que se me antoja no ya sólo tener mis libros de otros, sino botar al mar alguno mío, de mí. Y cierto día radiante, de un junio solemne, de nuevo catedrático, me atrevo a celebrar en familia no ya un navío de majestuoso porte, ni siquiera un ágil balandro poético, sino un minúsculo chinchorro. Ni mi ambición de poeta ni mi tesoro de experiencia sentimental ni mis recursos de última

categoría de escalafón con pago de dos títulos daban para más. Y eso que renuncié a la vanidad de la toga. Pues también aquel casi invisible romancero tenía, desprendía su poquito de perfume, modestísimo, eso sí, como de papel pluma paginado en formato de tarjetas de visita.

Por cierto que el tal livianísimo y fragilísimo papel, pronosticado según los doctos en el oficio a desaparecer como por arte de magia en treinta o cuarenta años, resiste bastante bien el estrago del tiempo y está dispuesto a aguantar hasta cumplir, así lo espero, el siglo cabal. Ciertamente que amarillea con manchas como de hoja seca que conocía yo bien de los libros del siglo XVIII en la Biblioteca Menéndez Pelayo. Yo me conformaría con que llegase a saludar al XXI. Pero por si acaso, ya le salvé en un hermano menor y aumentado en que se reproduce el ilusionado texto en papel de excelente calidad y tamaño octavo normal.

La vida sigue y uno sigue con la manía de editar libros y de poseerlos, comprándolos cuando se puede o intercambiándolos con los de otros colegas y hermanos de ilusión. Y los que fueron docenas y cientos, son ya miles y van pronto a empezar a ser decenas de millar si Dios no lo remedia. Y ¿qué hacer con tanto estorbo para la circulación casera? Ya no valen astucias, invasión de dormitorios, escaladas al techo, dobles filas, tabiques libreros, embarazo de pasillos, búsqueda de algún sótano para sucursal de los menos necesitados de súbita consulta. Todo inútil. La afición sigue la misma y ya se ha intentado todo. Todo menos renunciar al libro nuevo, cada vez más bello; todo menos no publicar la obra propia de la que faltan tantos libros; todo, en fin, menos venderlos o tirarlos. Los hijos heredan la afición al libro y van surgiendo bibliotecas filiales dentro de la paterna. En fin el desastre, porque sin tiempo para organizar ni hueco para situar, los libros se amontonan sobre la mesa, muebles y en pilas desmoronables en el santo suelo.

¿No cabría instituir una especie de biblioteca consultable con los excedentes de las de muchos particulares que tendrían albergue en el edificio público con sus armarios ofrecidos al estu-
dioso y propicios a pedir para el uso propio lo que la urgencia demandara, con la voluntaria cláusula de que al fallecer el pro-

pietario pasasen a integrarse en las bibliotecas públicas? De lo contrario la ilusión del libro va a ahogarse sepultada en la inutilidad de lo inencontrable.

(Panorama Poético Español, 15-11-1952)

